LOS ESTADOS AFECTIVOS EN LA LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO: la dimensión de la conciencia moral

Leonor María Irarrázaval Correa

El poema es el estribillo del alma, que, entre tú y yo,
siempre es la misma alma.
(Gadamer, 1999, pp.154)

INTRODUCCIÓN

La siguientes reflexiones se desarrollan en relación a la búsqueda de reconocimiento, a la importancia de mantener un sentido de dignidad, a la mínima capacidad de obrar en forma autónoma y al respeto a la libertad subjetiva, como condiciones constructivas esenciales para el bien-estar humano (Ricoeur, 2005).

Asimismo, se entiende que los atentados contra la propia dignidad/integridad desencadenarían ciertos procesos emocionales posibles de visualizar como verdaderos "estados de lucha", los cuales llevarían a la desviación de los caminos de reconocimiento y se desencadenarían espontáneamente para obtener de este modo su restauración.

Estos estados de lucha se entienden como ciertos estados de conciencia afectiva (Dalferth, 2006), que manifiestan las reglas de nuestro patrimonio moral histórico, proveniente de la cultura hebrea y la cultura griega, cuyo encuentro es constituyente de la memoria histórica de Occidente, ya que la relación de nuestra cultura con el Extremo Oriente sigue siendo una relación con lo "lejano" , a pesar de que lentamente nos acercamos a un encuentro (Ricoeur, 2003, 2004).

Existe un orden ético del mal-hacer y del mal-estar sumergido en nuestra memoria histórica que comienza a operar espontáneamente ante situaciones afectivas y pasionales experimentadas frente al rechazo, a la humillación o la muerte, desencadenando procesos emocionales que proclaman su propia medida de justicia, con reglas de culpabilidad, castigo y perdón que operan en la dimensión de la conciencia moral donde el sufrimiento resulta incomprensible e "ingobernable".

Encuentro/Separación: modulaciones de reconocimiento mutuo

El amor humano surge en el lenguaje (sentido corporalmente), posibilitando la construcción y el mantenimiento en el tiempo de un vínculo que adquiere características de exclusividad y unicidad. Desde este punto de vista, se concibe como el espacio emocional que modula el cercarse o alejarse, y se entiende que todas las tonalidades emocionales forman parte del amor: odio, venganza, culpa, intimidad, cercanía, etc. Después, este acercarse o alejarse emotivo toma su forma específica en la regulación de la identidad recíproca y en el modo en que se construye la experiencia de alteridad, ya sea en relaciones de amistad, de padres-hijos o de pareja (Arciero, 2005).

No es posible que haya una sola modalidad de amor, porque no hay una sola modalidad de concebir al otro. Por lo tanto, la calidad del amor depende de la concepción del otro que se tiene, y se puede tener una concepción del otro como

persona o como objeto, entonces es diferente el resultado de reconocerlo o legitimarlo si se le reconoce como objeto o se le reconoce como persona. Como objeto lo posees, lo intercambias, lo manipulas y desconoces su interioridad, mientras que si lo reconoces como persona, lo comprendes como un ser- en-el-mundo.

…"el amor depende de quién ame, no es algo que tiene un valor, que tiene una definición en sí mismo; como cada cosa, depende de quién la haga, como el escuchar depende de quién escucha y el observar depende de quién observa; entonces de alguna manera amar depende de quién ame"… (Guidano, 1997)

Cuando las relaciones de amor entran en el terreno de la lucha por el reconocimiento recíproco, el control del otro concebido como objeto tiende a ser totalizador, surge el deseo de su posesión hasta llegar a su propia anulación. Esta forma de amor posesivo es sobre la que escribe García Márquez (1999) en "El Otoño de Patriarca". El General Rodrigo de Aguilar intenta conquistar el amor de la fugitiva Manuela Sánchez, invadiéndola con regalos y transformando los alrededores donde ella vive para demostrar la grandeza de su amor a través de formas de "grandeza militar". Mientras Manuela recibe los regalos del General y observa sus demostraciones de poder, interiormente "va muriendo del asco"... hasta que un buen día decide fugarse para siempre. El general, registra el planeta completo en su búsqueda y nunca llega a enterarse de los verdaderos motivos que habrían llevado a su amada a preferir la eterna huída en lugar de convertirse en "la Primera Dama de la Nación" (García Márquez, 1999, pp.88-89):

… "le ponía en el oído la caracola patriótica que no tenía dentro el resuello del mar sino las marchas militares que exaltaban su régimen, les acercaba la llama del fósforo a los termómetros para que veas subir y bajar el azogue opresivo de lo que pienso por dentro, contemplaba Manuela Sánchez sin pedirle nada, sin expresarle sus intenciones, sino que la abrumaba en silencio con aquellos regalos dementes para tratar de decirle con ellos lo que no era capaz de decir, pues sólo sabía manifestar sus anhelos más íntimos con los símbolos visibles de su poder descomunal como el día del cumpleaños de Manuela Sánchez en que le había pedido que abriera la ventana y ella la abrió y me quedé petrificada de pavor al ver lo que habían hecho de mi pobre barrio de peleas de perro, vi las blancas casas de madera de anjeo y terrazas de flores, los prados azules con surtidores de aguas giratorias, los pavorreales, el viento de insecticida glacial, una réplica infame de las antiguas residencias de los oficiales de ocupación que habían sido calcadas de noche y en silencio, habían degollado a los perros, habían sacado de sus casas a los antiguos habitantes que no tenían derecho a ser vecinos de una reina y los habían mandado a pudrirse en otro muladar, y así habían construido en muchas noches furtivas el nuevo barrio de Manuela Sánchez, para que tú lo vieras desde tu ventana el día de tu onomástico , ahí lo tienes, reina, para que cumplas muchos años felices, para ver si estos alardes de poder conseguían ablandar tu conducta cortés pero invencible de no se acerque demasiado, excelencia, que ahí está mi mamá con las aldabas de mi honra"…

El amor contemporáneo está ligado al conocimiento de sí mismo que se pone en juego en cada estadio de construcción, mantenimiento y ruptura de la experiencia amorosa. Arciero (2005) destaca que el amor de nuestra época asume el mandato de crecimiento personal, por tanto, todo aquello que detiene el crecimiento personal implica una falta de reconocimiento y reduce los márgenes de negociación con el otro, haciéndose difícil distinguir en las actitudes del otro su carácter espontáneo o su finalidad de mantener el juego, lo que genera un sentido de desconfianza recíproca y una inagotable petición de autenticidad.

Quizás resulte conveniente tener en cuenta las palabras de Ricoeur (2005) respecto a lo que denomina la "disimetría entre el yo y el otro" que, tarde o temprano, aparece en la mutualidad de sus relaciones, y nos advierte sobre: 1) el carácter irremplazable de cada uno de los miembros del intercambio: "uno no es el otro"; y 2) la preservación de la "justa distancia" que se debe mantener en el corazón de la mutualidad y que nos protege contra las trampas de la unión fusional, sea en el amor, en la amistad o en la fraternidad; justa distancia que integra el respeto en la intimidad.

Se manifiestan diversas formas de evidenciar la disimetría, por ejemplo, unida a la desesperación ante el irreparable destino de estar solo en el mundo. También al hundirse en el pánico de sentirse un individuo desprotegido ante un mundo peligroso. O perderse en el camino de la búsqueda del error para la disolución de la asimetría cuya conciencia atormenta de incertidumbre. Acaso nadando en el fracaso de una identidad sin referentes que hace flotar en la vaguedad de sí mismo.

Venganza/Confianza: tú y yo a la misma altura

Maldigo del alto cielo
La estrella con su reflejo
Maldigo los azulejos
Destellos del arroyuelo
Maldigo del bajo suelo
La piedra con su contorno
Maldigo el fuego del horno
Porque mi alma está de luto
Maldigo los estatutos
Del tiempo con sus bochornos

Cuánto será mi dolor.

Maldigo la cordillera
De los andes y de la costa
Maldigo señor la angosta
Y larga faja de tierra
También la paz y la guerra
Lo franco y lo veleidoso
Maldigo lo perfumoso
Porque mi anhelo está muerto
Maldigo todo lo cierto
Y lo falso con lo dudoso

Cuánto será mi dolor.

Maldigo la primavera
Con sus jardines en flor
Y del otoño el color
Yo lo maldigo de veras
A la nube pasajera
La maldigo tanto y tanto
Porque me asiste un quebranto
Maldigo el invierno entero
Con el verano embustero
Maldigo profano y santo

Cuánto será mi dolor.

Maldigo a la solitaria
Figura de la bandera
Maldigo cualquier emblema
La Venus y la araucaria
El trino de la canaria
El cosmos y sus planetas
La tierra y todas sus grietas
Porque me aqueja un pesar
Maldigo del ancho mar
Sus puertos y sus caletas

Cuánto será mi dolor.

Maldigo luna y paisaje
Los valles y los desiertos
Maldigo muerto por muerto
Y al vivo de rey a paje
Al ave con su plumaje
Yo la maldigo a porfía
Las aulas, las sacristías
Porque me aflige un dolor
Maldigo el vocablo amor
Con toda su porquería

Cuánto será mi dolor.

Maldigo por fin lo blanco
Lo negro con lo amarillo
Obispos y monaguillos
Ministros y predicantes
Yo los maldigo llorando
Lo libre y lo prisionero
Lo dulce y lo pendenciero
Le pongo mi maldición
En griego y español
Por culpa de un traicionero

Cuánto será mi dolor.

MALDIGO DEL ALTO CIELO
(Violeta Parra)

El estado afectivo de venganza, que no sólo aparece en las modalidades del amor de pareja, despierta habitualmente por una "humillación" sufrida (traición, engaño, desaprobación, injusticia, rechazo, etc.), que puede ocurrir en diversos escenarios afectivos significativos. Puede llegar a desencadenarse un estado de lucha por recuperar frente al otro el sentido de dignidad personal que se ha puesto en juego, abarcando desde lo puramente imaginario hasta las más elaboradas estrategias de destrucción.

Este estado de conciencia emocional implica la más absoluta concepción del otro como objeto de la rabia (emoción predominante), llegando a la total negación de su propia interioridad, que ya no interesa comprenderla más, y por lo mismo, desde la contingencia misma de este estado "tubular" de lucha no es de extrañar

que la estrategia de venganza pueda llegar a fracasar en su fin último, que es "retribuir" el sufrimiento sentido al que se considera su causante, como un modo "espontáneo" de recuperar una posición de dignidad a "su misma altura".

Como ocurrió a Ludvik, personaje de otra genial novela de Kundera, que por motivo de lo que para él había sido sólo una "pequeña broma" fue tratado como un "traidor", expulsado del partido y de la universidad por una sentencia pública hecha por Zemanek. Y cuando años más tarde Ludvik tiene ante sí la oportunidad de actuar la venganza tantos años esperada, convirtiéndose en el "maltratador amante" de la mujer de éste, se da cuenta una vez más de su propia falta, al revelarle Helena que aquel acto sexual entre ellos no había sido verdaderamente una "infidelidad", ya que su marido realmente era parte de un antiquísimo pasado, que hacía ya muchos años que no vivían como marido y mujer, y que, ella creía que por lo mismo, no había motivo para temer porque ella consideraba que habían hecho el amor de una forma no sólo hermosa sino también "limpia":

"Yo deseaba que ya se hubiese ido, que su cuerpo (tan desesperadamente material) se desmaterializase, que se derritiese, que se convirtiera en un arroyuelo y fluyese, o que se convirtiera en vapor y escapase por la ventana – pero el cuerpo estaba aquí, el cuerpo que no le había usurpado a nadie, en el que había derrotado ni destruido a nadie, un cuerpo dejado de lado, abandonado por el marido, un cuerpo del que yo me había querido aprovechar y que se había aprovechado de mí y que ahora se alegra insolentemente de eso, brinca y hace travesuras" (Kundera, 2004, pp.223).

Y ¿cómo recuperar la confianza?, pasando de los estados de lucha a los caminos del reconocimiento. Pensamos en las palabras que nos ha dejado Gadamer (1999), advirtiendo que volver a aprender la confianza no es un "volver a empezar inocente y optimista", sino que se aprende poco a poco, después de haber conocido todos los desengaños, después de haber saboreado toda la desesperación. Es necesaria la recuperación de la familiaridad que nos brinda la confianza, que nos permite nuevamente decir "yo" y ser "yo".

Dignidad/Exclusividad: el peso justo de la balanza

Los celos que probablemente aparecen con la necesidad de posesionar al ser amado de una manera total, física y sentimentalmente, procurando ser el único motivo de encantamiento, surgen de un profundo sentimiento de desprecio personal y falta de valor que resultan insoportables para la conciencia. Se manifiestan como un estado de violencia cegadora que pretende borrar mágicamente de la conciencia una secuencia inmediata de imágenes que provocan un choque con las carencias afectivas y los límites personales. Son estados en que se activa un sentido de negación total del sí mismo que provoca un choque con la propia historia de desventura y el deseo de haber nacido en otra cuna.

Este estado emocional de conciencia comienza a emerger en ciertas circunstancias en que se produce un "quiebre" del sentido de dignidad personal y se desdibuja el horizonte de exclusividad con el otro. Pasando a "ser secundario", la persona se hunde en un sentido de "no merecer" que provoca conmoción e "indignación". De este modo, posicionándose en un segundo plano, dañada la propia dignidad, comienza este estado de lucha para recuperar la posición de legitimidad, intentando evitar "ser destronado" en cualquier instante (y abandonado en la más desventurada soledad) por cualquiera que pudiera "aparentar" mayor decoro.

Tolstói describe detalladamente este estado de sufrimiento que va acrecentándose en su personaje Ana Karenina, esposa de un respetable funcionario ruso, quien se enamora perdidamente del atractivo conde Vronski. Ana comienza una relación de "adulterio" que al ser descubierta desencadena una serie de sanciones por parte de su marido, que logran provocar un quiebre en su dignidad personal, particularmente, en su derecho de ser madre y esposa: la prohibición del marido de que pueda volver a ver a su hijo Sergio y la resistencia a otorgarle el divorcio.

Madre de una hija "ilegítima", cargando el dolor de la separación de su hijo, esta mujer a quien se le había arrebatado su propia legitimidad, huye temporalmente al extranjero con su amado. Huye buscando la posibilidad de una nueva vida, pensando alejarse de los estigmas sociales que le imponía la clase acomodada de la sociedad de su época. Pero al cabo de poco tiempo regresa a Rusia y progresivamente los celos aparecen atormentándola, hasta el extremo de acabar "literalmente" con su vida. Cada vez más lejos de sentirse amada, Ana se convencía de que Vronski realmente la odiaba y que amaba a otra mujer, hasta que, hundida en la desesperación, finalmente se suicida arrojándose bajo las ruedas de un tren.

Sin embargo, ¿cómo podría haber, no solamente comprendido, sino además, recompensado Vronski el "sacrificio" de Ana? Ofreciéndole un amor que no alcanzaba para cubrir la pérdida de su hijo, para superar la vergüenza sufrida por su marido y su propia humillación, que no alcanzaba para recobrar tal deshonor, que simplemente no era suficiente para que ella se sintiera verdaderamente amada y que, definitivamente, no alcanzó para librarla de su propia muerte.

¿A quién, entonces, se debería juzgar/culpar en esta historia por tales padecimientos? ¿cuál será la justa medida que cada cual debe aportar en la balanza del "verdadero" amor?

Vida/Muerte: lo superior, la poesía, la filosofía y el arte

Mi mano derecha es una golondrina
Mi mano izquierda es un ciprés
Mi cabeza por delante es un señor vivo
Y por detrás es un señor muerto.

Los muertos han perdido toda confianza
En los cimientos de nuestras casas y de nuestras lenguas
Y aun de nuestros relojes enrollados en el infinito
Qué podemos decirles
Ellos suben sobre el tejado de la eternidad
Y miran a lo lejos
Atan sólidamente las nubes que están llenas
Tocan la campana del vacío que debe saludar a los siglos
Como un sombrero
Llevan un anillo en cada uno de los cinco sentidos
Y un pájaro en cada cielo
Están desterrados de la tierra y encielados en el cielo
Ellos mondan la corteza de los siglos

Llevan su cuerpo como el tallo de un nenúfar precioso
Y no van más lejos que un tiro de pistola
Cuentan los días con huesos de frutas
Que guardan en jaulas como pájaros

Cuentan las estrellas y les dan nombres amistosos y tibios
Es preciso no confundir los lechos y no equivocarse de plato
Es preciso cantar como un nenúfar precioso

Un pájaro trina para mil orejas anónimas
Una estrella brilla para mil ojos recién nacidos
El pájaro cambia de día con una mirada
La estrella deposita la muerte y sigue su camino.

CANCIÓN DE LA MUERVIDA
(Huidobro, 1992)

Por lo visto según Guidano (1997), las perturbaciones emocionales más intensas que experimentan las personas en su historia de vida son las que se activan en el curso de la formación, mantención y ruptura de las relaciones afectivas significativas, siendo el duelo de la muerte el estado emocional más perturbador.

Arciero (2005) explica que la fase de ruptura de una relación afectiva es la que resulta fuertemente crítica porque el quiebre de una historia común y la disolución de un horizonte compartido representan, al mismo tiempo, la caída de un sentido de continuidad y un tipo de muerte de la propia identidad.

Pensando más en la superación de la muerte, Gadamer (1999) sugiere que no se trata de ocultar su amargura, sino de aceptar "el supremo abandono de sí mismo". Según este autor sería éste el mensaje del cristianismo, y no la esperanza ultraterrena en un cielo de reencuentros y en la recompensa de la fe por todas las penalidades sufridas. La tarea humana sería, entonces, el aceptar explícitamente lo perecedero, tarea que alcanza su plenitud suprema en la aceptación de la muerte.

No pocas veces la separación y el duelo de la muerte provocan un encuentro con lo superior como espiritualidad o divinidad que alcanza la religión (como doctrina de "salvación"). Como nos cuenta Gadamer (1999), entendiendo el Yo del poeta como ese Yo común de cada uno de nosotros, fue la experiencia de una pérdida amorosa, la separación de Diótima, lo que reveló al poeta Hölderin el ser divino y a partir de entonces su tono poético registró una transformación radical.

Asimismo, los testimonios indican que la separación y el duelo por la temprana muerte de su discípulo Maximin fue lo que imprimió el tono religioso al conjunto de la obra de George. De este modo, se despliega una escala de actitudes que va del reconocimiento y la admiración, pasando por la veneración, hasta la adoración de lo divino, expresada en la forma poética del himno de la religión griega, que supone el reconocimiento de algo absolutamente superior.

Para Gadamer (1999) la vida consiste en sobreponerse a la muerte (y a la separación). Más aún, es aprender a aceptarla, precisamente a partir del reconocimiento de la desolación y la crueldad de la muerte, como lo que es: una duración limitada unida a la intolerable caída en el olvido. Se reconoce en la poesía la fuerza casi despiadada de la voluntad de vivir que supera todo dolor y deja al final a los muertos "infinitamente muertos".

La dificultad de admitir el no-ser-más del muerto, su separación, su definitiva no-pertenencia, se ha manifestado desde los más lejanos tiempos de la historia humana. Incluso aún, señala Gadamer (2001), es sorprendente que exista la tendencia a desplazar la muerte, que es parte de la vida, a reprimirla hasta marginarla de la vida pública. Pero siendo optimista sostiene:

"… *ante los límites insuperables impuestos por el misterio de la vida y de la muerte se manifiesta una verdadera solidaridad de los hombres entre sí, pues todos defienden el misterio como tal. El que vive no puede aceptar la muerte. Pero el que vive se ve obligado a aceptar la muerte. Todos transitamos por la frontera entre el aquí y el más allá*" (Gadamer, 2001, pág.83).

CONCLUSIÓN

Los acontecimientos históricos violentos que han tenido y tienen lugar en algunos gobiernos, como las guerras o las dictaduras, afectan masivamente la historia de los individuos. En estas circunstancias culturales, las personas construyen su vida sobre bases en que se ha violentando su dignidad personal, estableciéndose una situación originaria de diversas formas violentas de lucha por alcanzar el reconocimiento que ha sido bruscamente arrebatado.

Los estados de gobierno son, en última instancia, quienes ejercen el poder de legitimación masiva de los derechos de los ciudadanos y establecen las leyes de la justicia social. Los gobiernos que comienzan por reconocer las diferencias de posición entre los ciudadanos, afrontan una distinción que constituye el fundamento de la compostura, la tranquilidad y el comportamiento correcto en la sociedad. No obstante es imposible lograr que la igualdad general sea una realidad, estas diferencias de posición en la sociedad humana no han de ser arbitrarias e injustas, sino que idealmente han de reflejar un opción personal, han de reflejar una elección individual (I Ching, 1997).

A pesar de que la estructura social es por herencia desigualmente jerárquica, los gobiernos son los responsables de procurar las bases mínimas para la libertad de todos los ciudadanos. La libertad individual, entendida como libertad de la elección de vida que deriva en una responsabilidad social, ha de garantizar la igualdad en la mínima capacidad de ser y de obrar de todas las personas (Ricoeur, 2005).

La mínima capacidad de obrar en forma autónoma garantiza la capacidad de sobrevivir contra las interferencias abusivas del otro. Protege a los ciudadanos de las formas de abuso en las alturas del poder político, como las guerras y las dictaduras. Protege a las personas de los abusos en las alturas de lo cotidiano, como la violencia doméstica, por ejemplo. La capacidad de autonomía mínima previene la falta de respeto a la dignidad personal de las formas de abuso en general.

Más allá de las desigualdades materiales, que han motivado a ciertas revoluciones socio-políticas a promover la "lucha de clases", por ejemplo (Guzmán, 2004), en primer lugar, se ha de destacar la importancia de recuperar las nociones fundamentales sobre lo humano. ¿Qué es lo que nos hace ser a todos iguales "en esencia"?

Fundamentalmente, se ha de procurar conseguir una mínima capacidad de ser autónomos y promover la igualdad en los planos de elección de estilos de vida que respondan a los "verdaderos intereses". Así, la recuperación del sentido de lo verdaderamente humano por parte de los gobiernos ha de legitimar valores sociales orientados a hacer justicia entre los ciudadanos.

A nivel individual se desencadenan igualmente estados "espontáneos" de lucha, que nos desvían del camino de reconocimiento hacia un juego en vías de destrucción. Posiblemente en este nivel, sea necesario un acto de reflexión

personal que nos pueda situar en el cruce y nos permita detenernos para comprender las reglas de este juego y dejar, o no, de ser parte de él.

La sabiduría de detenerse a tiempo y la capacidad de construir "puentes hermenéuticos" nos podrían permitir retomar el "justo" camino hacia el reconocimiento. Pero ¿qué hacer con el sufrimiento? Probablemente también sea necesaria cierto tipo de ética aplicada a un entendimiento del posicionamiento más respetuoso y menos dañino respecto a las libertades individuales, a los sentimientos, padecimientos y pasiones del otro (que ciertamente pueden llegar a ser "ingobernables"), junto al conocimiento de la importancia de una posición auto-responsable y autónoma para "gobernar" las propias libertades, sentimientos y "superar" los propios padecimientos.

La esperanza, tanto a nivel social como individual, está puesta en la posibilidad de recuperar la (auto)confianza personal, al retomar el justo camino hacia el (auto)reconocimiento. Para construir y promover lazos de familiaridad, como alternativa a los estados lucha y a la enemistad. Para proteger la dignidad en un encuentro mutuo de reconocimiento, en el camino del bienestar. Para que todos puedan descubrir la verdad esencial de su vida. Para que el horizonte de esperanza sea la paz consigo mismo y con los demás.

Referencias Bibliográficas

ARCIERO, G. (2005): Estudios y Diálogos sobre la Identidad Personal. Reflexiones sobre la experiencia humana. 2ª Edición, Amorrortu Editores, Buenos Aires. (1ª Edición: 2004).

DALFERTH, I. (2006): The Self-Interpreting Animal. Conference "Subjectivity, Intersubjectivity, Objectivity", organized by Centre for Subjectivity Research and the University of Copenhague. Exposición sin editar.

GADAMER, H-G. (1999): Poema y Diálogo. Editorial Gedisa, Barcelona.

GADAMER, H-G. (2001): El Estado Oculto de la Salud. Editorial Gedisa, Barcelona.

GUIDANO, V.F. (1997): Relación entre Vínculo y Significado Personal. En Aronsohn, S.: Vittorio Guidano en Chile. Universidad Academia de Humanismo Cristiano & Sociedad Chilena de Terapia Posracionalista, Santiago de Chile.

GARCÍA MÁRQUEZ, G. (1999): *El Otoño del Patriarca.* Mondadori, Barcelona.

GUZMÁN, P. (2004): Salvador Allende. Película-Documental. Mediapro, Barcelona.

HUIDOBRO, V. (1992): Antología poética. Editorial Universitaria, Santiago de Chile.

I CHING. El Libro de las Mutaciones (1997). Editorial Edhasa, Barcelona. Hexagrama número 10. Lü / El Porte.

KUNDERA, M. (2004): *La Broma*. 3ª Edición, Seix Barral, Barcelona. (1ª Edición: 1967).

RICOEUR, P. (2005): *Caminos del Reconocimiento*. Editorial Trotta, Madrid.

RICOEUR, P. (2004): *Finitud y Culpabilidad.* Editorial Trota, Madrid.

RICOEUR, P. (2003): *La Memoria, la Historia, el Olvido.* Editorial Trota, Madrid.

TÓLSTOI, L. (2000): Ana Karenina. Colección Austral. Editorial Espasa, Madrid.